La caza

I

Aquel día de otoño, en las vísperas, estaba solo. Tres años atrás había visto por última vez a su padre, en la galería que daba al naciente, sentado en su hamaca de mimbre. En el fondo, el viejo nunca le perdonó que hubiese preferido irse al sur y regresar al cabo de los años con su diploma de abogado y desde entonces estuvo convencido de que ya nada valía la pena, ningún esfuerzo ni trabajo ni ambición que para dar frutos requiriese más tiempo que el de sus propios días. Tampoco los demás estaban, salvo la anciana Etelvina, cohibida por la lumbalgia y dos o tres sirvientes innominados. El fundo sólo daba un diezmo de maíz y otro de alfalfa y en la casa, donde alguna vez había dormido la siesta el general Pezuela, reinaban la penumbra y la nostalgia.

II

Ahora él desde su despacho miraba a través de los gruesos cristales del ventanal, biselados y perfectos, traídos de Inglaterra en tiempos de su bisabuela, y contemplaba las calles a esa hora casi desiertas que, también en tiempos de su bisabuela, estaban empedradas y entoces, como ahora, la naturaleza era tan fecunda que los sirvientes de las casas (sólo había una decena de empleados municipales) debían de vez en cuando arrancar el pasto que crecía entre las piedras.

Desde que la vio no pudo sino pensar en el suave, imperceptible apretón de su mano. Sus dos edades no superaban, sumadas, el medio siglo, casi equivalentes a la edad de su marido, capitán retirado, virilmente cordial y rechoncho, cuyas dos pasiones parecían ser las barajas y las putas, que consumían sus noches en el Club y los amaneceres en el burdel de los aledaños, cerca de la aceña abandonada, regentada por una madama remota y exageradamente rusa llamada Sonja.

Él, hasta entonces, un flamante abogado sin clientes y sin preocupaciones comenzó a sentir algo nuevo, insólito y ambiguo. Aceptó el cargo de fiscal del tribunal sólo tal vez porque creía compartir así las amistades de personas que eran comunes al grupo dentro del cual ella vivía. Ni el crimen ni el derecho le importaban sino en función de la mirada de aquellos ojos oscuros, de aquellos hombres caballerescos y brutales, también ajenos al derecho y a los códigos pero prójimos a ella, para los cuales la ley, las pasiones o infortunios sólo eran como una anécdota de clase, como una historia marginal y destinada al olvido.

Cuando no estaba ella buscaba la compañía de quienes la conocieran de alguna manera, inmediata o remota, de sus amigos, parientes lejanos o allegados. Creyó amar la mera existencia de esa gente, los días comunes, las mañanas soleadas o lluviosas, la soledad aséptica y anticuada de su despacho de fiscal, la contigüidad accidental o buscada en el Club donde el capitán, sonriente y generoso con sus iguales y aún con los camareros, era como uno más. Luego de las horas de despacho en la fiscalía, antes de que finalizara el atardecer y estuviese abierto el Club, había comenzado a dar largos y demorados paseos por la ciudad, un mero pretexto para caminar frente a su casa, y en aquellos momentos sentía como un marasmo o como una borrachera trémula que lo dejaba a la vez lúcido y confuso y entonces, por un instante, se daba cuenta de qué manera las cosas cotidianas, la calle, los muros, las piedras, los ventanales, la asombrosa objetividad del mundo, lo que no cambia o aparenta no cambiar, roza los misterios de la vida.

También por entonces trataba de buscar la compañía de otras mujeres respecto de las cuales no tenía propósitos ni proyectos ni fantasías y que buscaba con el solo fin de que hablaran de ella, de que mencionaran su nombre o la aludieran, puesto que casi siempre nos enamoramos por lo que otros dicen. Y después, como siempre regresaba a su despacho, entre los cuatro muros, que eran para él su distancia y su refugio, pero a la vez sus límites, donde volvía a encontrarse consigo mismo como con un cuchillo desnudo; donde, sin embargo, había una ventana que daba al campo abierto, que era como todos los campos y que a esa hora era como todas las tardes, aunque en realidad nada de eso le importara o sólo le importara lo que no sabía o lo que aún no había sucedido y esperaba intranquilo, preso, como el relámpago añorando un vago incendio.

III

Ningún paisaje, ninguna llanura o montaña, ni valle con laguna y árboles desiguales está en su solo sitio; son inagotables porque estuvieron y estarán en los ojos de cada quien se llevó consigo la visión de esta tierra, de este país salvaje y doblegado.

Cuando él llegó a la casa, y aún antes de llegar, mientras recorría el camino que a trechos se confundía o se juntaba con el cauce del río o ancho arroyo ahora seco,

ya sabía de qué manera aquella soledad o el vacío le pesaba. Allí estaban, más viejos o ignotos, los sobrevivientes, agrupados en fila —cuatro o cinco— para recibirlo , y todo era como una desleída memoria, una mecánica costumbre, los gestos somnolientos de un viejo y equívoco vasallaje, niebla o humo de la memoria. Qué decirles, si es que acaso esperaban una palabra. Todos eran otros, y él venía a ser para los otros y para consigo mismo sólo un recuerdo, un mero ademán, una vaga ilusión. Y entonces quiso que al menos lloviera, puesto que había perdido quizá los viejos atributos del señorío, es decir, preocuparse por los demás; si al menos lloviese y todos, los otros y él, tuvieran el pretexto para buscar refugio y apartarse.

Después, solo, adentro, en la penumbra apenas esclarecida por el quinqué de querosén con pantalla de enagüillas, volvió a preguntarse si valía la pena el riesgo del encuentro; pero ya no había lugar para estas dudas, y además, ahora sabía que sin amor el hombre se endurece y pierde su sutileza y ambigüedad; sin mujer el hombre sobrevive en un mundo maniqueo y envejece sin remedio ya que para un hombre la mujer es la ilusión de la vida. Observó su vieja cama contra el muro, donde había estado siempre y junto a la cual una mañana remota vio a su padre que lo esperaba como nunca antes lo había hecho, el armario cerrado, la mesa y la única silla junto a la mesa, el solado de viejos listones de madera. Todo olía vagamente a encierro. Sólo tenía que mirar a los ojos de estos sobrevivientes que quedaban en la casa para saber quiénes habían sido su padre y su madre a la que nunca vio porque el doctor había llegado demasiado tarde o nunca fue llamado, y ver otra vez el viejo feroz orgullo de una independencia no propuesta ni siquiera defendida, inconscientemente oculta como un pecado común a este pueblo que asumió los gestos de una grandeza sin humildad antes de haberla tenido ni perdido. Pero él, se dijo, no tenía orgullo ni pasado, su padre no era el pasado, era sólo como un gran vacío o como una piedra y él era como un bastardo de esa piedra o de esa oscuridad, o de ese gesto oscuro y permanente. No tenía a nadie, ni siquiera este caserón ruinoso, nunca había sido un niño o un muchacho que crece para dudar o para tener secretos y aprender lo que podrían haber sido la tolerancia o el rencor, el amor o las ganas, o el miedo al espacio, en el campo, donde resplandecían las estrellas nítidas y frías y de este modo sentía que había nacido demasiado tarde para estos tiempos, sin haber conocido a sus abuelos, todos premuertos y remotos, únicos interlocutores de un niño, sin gestos ni pasiones ni grandes palabras.

IV

Él, en ese atardecer de otoño que ya era casi noche, había permanecido absorto, acodado en el cerco del gran corral, observando cómo se apareaba su yegua blanca y joven y de ojos colorados con un garañón renegrido, vigoroso y de crines entrecanas, ágil y agresivo como un toro felino. Ella lo dejaba hacer, temblorosamente conte-

nida, y él observaba con estupor pero también con inconsciente culpa o temor aquello que era inevitable como un hecho de la naturaleza.

Tenía las manos húmedas, los ojos dilatados y quizá la boca entreabierta y la garganta seca, cuando el padre, que a su vez lo observaba, con el talero colgante junto a su bota izquierda, de pie en el portón trasero, el que daba a los corrales, dijo creo que va siendo hora, palabras dichas para sí, tal vez, o en realidad pronunciadas para que lo supiera el mestizo Marcelo, su entenado más adicto, aunque ni siquiera en ese momento lo veía o no sabía siquiera que estuviese allí como siempre, como una sombra para mandar, a su lado o en la conveniente cercanía. Y cuando el padre dijo creo que ya es tiempo, Marcelo dijo que sí, aunque tal vez ni siquiera hablase. Después el patrón y padre y el entenado, cada quien por su lado, desaparecieron casa adentro y el niño, que no los había visto ni había visto a nadie y estaba solo, cuando la yegua quedó desocupada, nerviosa y como triunfante corrió hacia ella y trató de abrazarla por el cogote y ella sorprendida o asustada dio un relincho enseñando sus dientes poderosos y levantó sus patas delanteras amenazadoramente, esquivándolo para huir al trote hacia las sombras porque ya era la noche, de luna creciente pero escasa.

Él nunca se enteró de lo que hablaron su padre y el entenado Marcelo cuando, dos horas después, revolviéndose en la cama no alcanzaba a entrar en el sueño, asaltado por la imagen de los ojos dilatados y rojos de la yegua, de su temblor, de la visión del caballo azul oscuro o negro, temiblemente vigoroso y reluciente de sudor, montado en ella porque una confusa sensación de piedad y de odio le impedía conciliar el sueño y así fue hasta el anuncio del alba.

Pero el padre, aún con el sombrero puesto y el entenado Marcelo, el padre sentado a la cabecera de la mesa de madera resobada por los años y sólida, en la cocina, y Marcelo de pie conjeturaron o sólo el padre lo hizo y el otro sólo dijo que sí, que ya era tiempo y para mejor, coincidía, el tiempo, con la estación seca, cuando las corzuelas y las vicuñas y aún los demás montaraces acudían a las aguadas, mucho más allá del confín del fundo.

A la mañana siguiente, al alba, fue que el padre, cuando ya Etelvina y la otra doncella india habían acudido a su cuarto para recordarlo y vestirlo, que el padre irrumpió en la habitación y les ordenó con la mirada que se fueran.

—Ya todos los hombres están de pie. Y desde ahora lo harás sin que ninguna mujer te vista.

En la cocina, Marcelo y dos o tres o cuatro hombres más, le dejaron sitio y una sirviente gorda y oscura en silencio puso en su sitio el tazón de cuajada y el café. Después todos salieron menos el padre, que dijo:

—El tiempo te ha llegado, como a todos —al decir esto no lo miraba. Estaba de pie, dándole la espalda y parecía mirar a la llanura o a lo lejos, hacia las montañas más confusas— Y hay que hacer lo que hemos hecho todos. Aquí está tu carabina —dijo, enseñándosela—. Fue la mía y la de tu abuelo, que en paz descanse. Será el jueves.

Él lo miró y el padre dijo:

-No. Yo no iré. Podrán ir los demás. Así fue siempre.

V

Ella había llegado sólo para decirle que no iba a ir, o para decirle que había ido porque no pudo advertirle que no iría. Estaban los dos de pie, mirándose, en el cuarto que había sido siempre la habitación de las mujeres y que sólo se abría, desde cuando no había mujeres en su familia, para limpiarlo y ventilarlo, dejando todo sin mover, las cosas y los muebles como estuvieron siempre, incluso aquel bastidor con asiento donde algo como una flor de grandes pétalos bordada en lana, una flor que nunca nadie había visto ni sabía su nombre, yacía a medio terminar en el lienzo que había perdido la tensión que alguna vez tuvo, amarillento por el polvo acumulado y el tiempo; y se miraban, él la veía y también ella lo veía a él sin haberse puesto de acuerdo para mirarse así, como dos niños temerosos y en silencio y a escondidas y alertas no como dos cazadores sino como dos presas furtivas, estrujándose las manos tal vez, ella sin aún quitarse el sombrero que era como una capelina con sus alas abatidas que le ensombrecían las mejillas calientes y quizá con los labios levemente torcidos por el llanto o por algo que era la represión de un gesto de llanto dichoso, como una debilidad contenida y por un momento en los ojos de los dos apareció el resplandor de una intensa felicidad y la agitación de ambos, juntas, fue como la de los niños que de pronto paran de correr. Él había amanecido allí, en la casa antigua y en aquel cuarto y había visto transcurrir la noche y llegar el día, la media mañana cenicienta a través de los cristales aún con los mismos visillos de cuando había mujeres en la familia, con el alma afligida y dichosa deseando que todo llegara y que pasara y que todo fuera como un episodio de la imaginación al que llamáramos realidad, que todo fuera como la realidad intensa de un sueño de quien ama la vida y que por eso no quiere comenzar a vivir, como una gracia impotente o muerta o paralizante. La atrajo de pronto y quiso acariciarle los cabellos torpemente, pero ella dijo que no estrechándose junto a él. Y él dijo «Nos iremos de aquí. Nos iremos lejos de aquí». Pero ella dijo que no podrían irse de aquí; que nadie puede irse. Ella dijo que todo lo que miraba o tocaba pertenecía a este lugar, sus abuelos, sus padres y las ruinas y todos los que nacieron y están muertos.

—Y los fantasmas —murmuró él—. Vámonos —dijo él y la apartó como para que sus palabras se entendieran mejor—. No es posible vivir en una casa donde aún se mudan las sábanas todas las semanas en las camas donde hace mucho nadie duerme ni dormirá nadie porque todos han muerto.

En ese momento, a lo lejos, dos o más perros comenzaron a reñir, unos perros furiosos y nuevos, sustitutos de los otros, éstos, que no había visto nacer ni crecer. Ella fue a sentarse en el sillón junto al viejo bastidor.

—No —dijo—. No lo miraba, parecía observar algo en el muro empapelado y oscuro del fondo. Uno de los perros, el vencido, comenzó a aullar escapando.

—No —dijo ella—. Nunca llegaríamos a ningún lado.

VI

Únicamente los tres: un hombre enjuto y demasiado parlanchín para este país y él, que apenas había comenzado a tener dos cifras de edad y un padrino sólo para esto, con más un fox terrier indómito y egoísta. El padre le había ordenado a Marcelo, el entenado, que fuera su padrino para esto. Entonces Marcelo lo había observado con sus ojos oscuros y sin brillo, como la superficie de un pozo de aguas densas. El padre nunca puede ser el padrino, había dicho el padre; porque está el padre para todo lo de padre, y ya cuando no lo está, estará el padrino. Y aunque sólo para esto, has de servir. Debes tener cuidado de que no se malogre y que empiece a ser como todos. El deberá hacerse solo. No lo ayudes, sólo debes mirarlo y evitar que haga tonterías. «Nunca lo hice yo», dijo entonces el entenado Marcelo. «No» —había dicho el padre—. Pero él sí.» «Nunca mandó usted que yo lo hiciera entonces». «No —dijo el padre—. Pero él sí. Él es hijo de padre y madre. Ya deberán salir» —agregó—.

Parecía amanecer cuando partieron en aquella camioneta que trepidaba, separados por un padre de por medio, del tiempo en que estos caminos no estaban trazados ni existía siquiera la voluntad o la idea de trazarlos, puesto que entonces como ahora no llegaban a ninguna parte. En aquel momento hacía frío y todo estaba en silencio, como antes. El entenado Marcelo y el otro que iba de chofer hablaban. El chofer era el hombre enjuto, viejo y de talla exigua, que no parecía tan viejo desde muy cerca y que, a cierta distancia, parecía sólo un muchacho envejecido.

Hacia el oeste, en la dirección en que iban, el horizonte ahora abierto y la visibilidad confusa, pero la alta llanura era sólida, pareja y ancha. Cualquier amanecer impone silencio. Pero apenas despuntó el sol, que fue primero como el airón de un gallo o como un brochazo colorado, dijo Marcelo, que iba sentado junto al chofer:

—El viejo hijo de perra sólo nos ha dado tres balas. Lo dijo sin importarle que el muchacho oyera o no. El hombre enjuto no dijo nada pero él sí llevaba su arma, aunque sólo era una francot, con una caja de balas para disparar cuando quisiera a blancos menores o deleznables, aunque no a los caranchos aquí llamados cuervos, en los que no se debe gastar balas ni siquiera para ejercitarse a probar puntería.

Al mediodía acamparon al pie de un chaflán y encendieron una fogata con raíces y ramas secas, no porque sintieran frío o la necesitaran sino para contemplar las llamas. Llevaban ya varias horas de recorrido aunque no en dirección recta sino dando rodeos, impuestos por las dificultades de buscar huellas propicias, por los frecuentes zanjones y barrancos o simplemente por la indiferencia de seguir un rumbo deter-

minado. Unas ráfagas suaves e intermitentes se adelantaban al viento que seguramente comenzaría a soplar luego del mediodía.

—¿Cuando veremos a los...?

—¡No! —dijo Marcelo abruptamente—. No lo digas, no. Nunca antes. Él vendrá solo —agregó—. Él mismo vendrá solo, cuando quiera. Y si no quiere, nunca podrás alcanzarlo.

El hombre enjuto había puesto lo que quedaba de su cigarro entre dos palitos, para fumarlo hasta casi quemarse los labios.

El niño quedó amedrantado por la violenta interrupción del entenado y ya no habló. Sólo miraba el páramo y sentía las suaves ráfagas cada vez menos intermitentes del viento que se anunciaba. Y pensaba en la víspera, en el anochecer y en la noche previa a esa mañana en que el padre había prohibido a las mujeres de la casa que le vieran hasta que regresara cuando debiera regresar, y sólo lo vieron entonces Marcelo y el hombre enjuto y el propio padre, que no dijo una sola palabra y nadie dijo una sola palabra ni el padre salió a despedirlos cuando partieron en la aún oscuridad de esa mañana.

—¿Cuándo vamos a comer? —preguntó el niño mucho después—.

—No vamos a comer —dijo Marcelo— No ahora.

—¿Cuándo?

—Después —dijo el entenado—.

El viento, al cabo de un par de horas, comenzó a soplar levantando remolinos de polvo de un lado a otro, que a poco de formarse se disolvían para renacer a la distancia. Y aunque la luz del sol parecía velada, era el momento de más calor. Fue cuando el hombre enjuto caminó hasta la camioneta en busca de su chaqueta y se la puso, para que el viento no le diera de pleno sobre el cuerpo húmedo por el sudor. «Mis bronquios», dijo cuando regresó abrigado y volvió a sentarse donde había estado. Después agregó, cuando los demás permanecían callados, aunque sólo pensaba o hablaba para sí mismo o a la tierra; aludiendo a la tierra: «El viento la castiga porque ella se da a todos; porque consiente que cualquiera, aún sin amarla, la hienda o la desgarre. Por eso el viento ciego y furioso sopla y la corroe hasta dejarla infértil, en puras piedras y arena.

Hacia el atardecer el viento se cohibió y del fogón sólo quedaban ascuas desparramadas. El hombre enjuto que hacía de chofer volvió a hablar:

—Cuando yo era sólo un crío como éste, ya había visto clavar el pico a un hombre. Ya sabes cómo fue.

—¿Crío has dicho?

El otro lo miró y no dijo nada.

—No vuelvas a decir crío —lo miró con violencia mal contenida— Él es mi hermano, no es un crío. —Después dijo: —tampoco sé cómo ha sido.

El hombre enjuto no contestó. Amoscado quizá, no contestó, quedó en silencio.

—¿Usted quiere decir que ya tan temprano mató a un hombre?

—No —dijo el chofer— Nunca he matado a nadie. Sólo he visto morir.

—Yo sólo he visto morir a dos o tres viejos. —dijo Marcelo—.

—Aquí sí —dijo el chofer—. Aquí la gente sólo muere de vejez. Pero no allá.

—¿Allá? —dijo Marcelo.

—Allí, abajo —dijo el chofer enjuto—. Donde hay árboles grandes y tierra verde.

El sol cuyo ojo era del color y del tamaño de un corcho estaba casi a punto de desaparecer en la línea del horizonte, cuando el hombre enjuto, que ya se había quitado otra vez su chaqueta de piel, se puso alerta. Tenía la francot en la mano, agazapado, y preguntó con sus ojos a Marcelo; éste consintió cuando ya la corzuela desaparecía detrás de un peñasco a una treintena de pasos. El hombre, corriendo agazapado fue tras ella y al cabo se escuchó un disparo. El perro lo había precedido. El perro, impaciente, corría hacia la presa y regresaba, rondándola en círculos, sin atreverse a tocarla antes de que llegara el hombre y gimiendo hasta que el hombre llegó y con un cuchillo le cortó los tendones y le abrió el vientre vaciándola. Y el perro, al que le costaba contener, se abalanzó sobre las entrañas palpitantes y tibias, una vez que el hombre, arrastrándola, la trajo casi hasta donde estaban los otros dos.

—Estaba preñada —dijo Marcelo.

—Si lo estaba ya no lo sabremos —dijo el otro.

Él, el niño, permaneció cerca del fogón ya casi apagado, con la cara junto a sus rodillas encogidas.

La noche cubierta de estrellas fue quizá más clara que el anochecer. Los tres fueron en busca de más ramas y raíces con que realimentar el fuego, hasta formar una parva. Luego se cubrieron cada cual con su poncho y durmieron hasta el amanecer del día siguente.

Pero él no durmió, o sólo dormitaba a intervalos en aquella noche interminable que siempre recordaría. Todo estaba en silencio, sin una voz, sin un rumor, un silencio largo y sin vida tan sólo interrumpido muy de vez en cuando por el crepitar de las ramas en el fogón. Hasta que el sueño finalmente lo venció, muy poco antes de vencer el día.

Fue el último en ponerse de pie, cuando ya el agua oscura del café hervía en el cántaro. Era claro el día y el entenado Marcelo dio la orden de partida. Una pampa dura pero sin accidentes mayores se extendía desde donde iban hasta el horizonte. A poco la claridad se hizo intensa y no había viento, tampoco había remolinos ni polvaredas ni engañosas visiones, sólo la extensión aplayada y uniforme, de un color a esa hora cobrizo o tenuemente agrisado por delante. Antes de ponerse en marcha él dijo que no quería el café, pero Marcelo, que le estaba alcanzando el jarro insistió en que lo tomara.

—Con el estómago vacío se pierde el pulso; debes tomarlo. —Después agregó: —Va a ocurrir ahora. Si uno no tiene algo caliente en las tripas, la punta de la carabina se moverá.

—Este ha dormido por tres —dijo el hombre enjuto, mientras se acomodaba las perneras de los pantalones. —Si no quiere el café, dámelo a mí. —Después agregó:

—Dicen que un tipo estuvo dormido durante once años y luego se despertó y ni siquiera se asombró de que la gente estuviese tan vieja.

—Es muy temprano para escuchar a embusteros —dijo Marcelo sin mirar al otro—.

—No es mentira. Se lo oí decir a un sacristán.

—Es peor que eso, entonces —dijo Marcelo— Vámonos, de no, perderemos otro día. Y éste ha de ser.

—¿Lo estás creyendo, Marcelo? ¿Crees que ha de ser? ¿Lo estás oliendo? Yo tengo arruinado el olfato por estos cigarros de mierda.

—Vámonos ya —dijo el entenado.

Es posible que hubieran recorrido no menos de veinte kilómetros cuando, a la distancia, avistaron a la tropa. No eran menos de cinco. Y echaron pie a tierra.

Desde aquel momento, marchando agazapados, cautelosamente, ya no hablaron; él y el entenado con la carabina en los brazos y el hombre enjuto a varios pasos por detrás.

—No hay que apresurarse —dijo Marcelo con voz contenida— Él lo sabe y vendrá.

Ambos estaban en cuclillas al borde de un peñasco, cuando, a un tiro de piedra, separándose del resto, avanzando con cautela apareció el guanaco; de pronto parecía pequeño y de pronto a sus ojos se agrandaba; era un poco más oscuro que el color de su camisa. Él, el niño, sentía que sus venas palpitaban, las venas de los dos, que sus manos estaban mojadas y su boca seca, cuando el padrino Marcelo le tocó el hombro con su mano dura y perentoria. El sentía dolorosamente sobre su clavícula la culata del fusil contundente y pesada, la lengua seca y torpe y ajena en su boca y sentía que no era él mismo y que el fusil no era él mismo, que era ajeno y más fuerte que él mismo y no era la proyección de su cuerpo ni de su ojo, ni de sus ganas; alcanzó a ver por un segundo, o menos, que el guanaco lo miraba y que el guanaco tenía los ojos rojos y él quiso mirarlo con odio, quiso mirarlo como una impedimenta a su propia vida, o como un obstáculo para crecer, para transformarse en el que debía ser o para ser otro y de pronto en ese instante lo vio enorme y fuerte e indefenso, como quien observa desde atrás a un hombre descuidado no alerta o dormido, y la figura del animal, que era como su propio futuro, como todo el sentido de la vida que a él le quedaba por delante, se agrandó hasta cubrirlo todo, que aquel cuerpo peludo y oscuro, ágil y fuerte, era como todo el horizonte y que así esta bala del tamaño de todo su dedo y pesada y tan veloz como su propio pensamiento no iba a ser suficiente, pero sentía también la mano dura del padrino para eso, sobre su propio hombro y tan perentoria como la figura del animal inmensa como su propio destino, de ese animal sin sexo y le vio la humedad maternal de su hocico, su viril mansedumbre, sus ojos y entonces fue cuando cerró sus ojos y sonó el disparo, el balazo como un relámpago, que separó su vida.

Al mismo tiempo que el disparo sonó como un trueno, el guanaco se quebró, pero no inclinó su cogote ni su cabeza, se echó hacia delante y cayó como un árbol. Él ahora volvía a recordarlo, solo ya, en la sala donde reinaba imaginaria como una reina muerta en el bastidor con la imagen marchita y estéril aquella supuesta flor

de grandes pétalos que quizá hubiera sido como el afán enfermo de su madre. Y recordó que entonces se abalanzó para abrazar a golpes al entenado Marcelo y que este hermano fuerte de media sangre le detuvo los brazos y le golpeó hasta contenerlo contra el suelo mientras le gritaba junto a su oído que sin embargo no quería oír, que sólo él lo había hecho, que fue él, el niño, quién lo había hecho, que con la bala pesada, de plata, largamente guardada por su padre de ambos, de la carabina, lo había hecho.

Ya estaban calmados y en silencio los dos, el que a partir de ahora era un hombre y el otro que lo había sido quizá desde siempre, cuando llegó corriendo con aspavientos el hombre enjuto que era el chofer. Después los tres arrastraron el animal hacia el vehículo para destrozarlo. Y con la sangre que aún manaba del cogote le hicieron la cruz en la frente, mientras aquel padrino lo miraba, quizá para siempre.

Atardecía, o anochecía, cuando regresaron despreocupados a la casa. El hombre enjuto, dicharachero y ajeno, el entenado Marcelo, las patas con las cernejas ensangrentadas del guanaco adulto, y él, que ya jamás sería un niño. En el último recodo del camino, cuando si no fuese la noche se vislumbraría la casa, el chofer —el hombre enjuto— dijo:

—Bueno, ahora sí, y de noche, ya podrá ir por lo otro.

Los demás no dijeron nada. Pero él insistió: —¿Qué les pasa a ustedes?... Yo digo que quisiera estar en su lugar... Y también digo que sólo levantaría las cobijas para ver quién pudiera ser mi hermana. Y aún así.

VII

Únicamente viven los que se han quedado solos, solos de verdad, y los moribundos. Los demás ni se dan cuenta. En esto pensaba él, ahora, todavía de pie, observando a través de la ventana el callejón que a poco se perdía, pero donde ella había venido y regresado. Estos instantes serían la gloria de su desilusión. Todo lo que la vida le dejó. Ni siquiera en este momento tenía el consuelo de la claridad del sol, el día iluminado por el sol, sino esta vaga sombra del atardecer, la ambigüedad de una tarde de otoño, el silencio de la casa olvidada y vacía y, afuera, el celaje y el polvo. Él también había nacido un corto día de otoño. ¿Pero, él era él? Sintió de pronto que era también ella, que ambos eran uno solo, o se pertenecían como un sueño, con esa posesión intransferible y absoluta que son nuestros propios sueños. Comenzó a sentir que él era también ella, o que ella era asimismo él, o que ninguno de los dos era el otro. Pero a la vez sabía que amar era entregarse ¿Cómo entregarse al otro, siendo uno mismo y el otro? El amor era así también lo imposible, la renuncia, la muerte y el olvido.

No supo en qué momento se quedó dormido y sólo despertó con los aldabonazos y el furor de los perros, que sin embargo no se atrevían a atacar.

Dos hombres pálidos de traje oscuro, que a él le parecieron como uno solo, aunque vagamente recordó —no en ese momento sino después— haberlos visto en el Club, se presentaron como padrinos del Capitán. Él, que se esforzaba por alisarse los cabellos enmarañados por el sueño, y por abotonarse la chaqueta y llamar dando gritos a la vieja sirvienta, les ofreció asiento y un café o lo que fuere. Pero los otros, con gravedad no exenta de timidez, dijeron que no podían. Entonces comprendió.

VIII

Al amanecer del día siguiente lo vinieron a buscar sus propios padrinos, con equivalente gravedad y atuendo. Estaba oscuro aún y esperaron en la sala. Dijeron que podían esperar todo el tiempo, siempre y cuando llegara a la hora convenida, al claro del bosque, no lejos del burdel.

El decidió bañarse y Etelvina llenó de agua tibia el tonel en el centro del cuarto y lo ayudó, como lo había hecho siempre hasta aquel día en que su padre ordenara que no debían acudir las mujeres en su ayuda. Con el agua hasta más arriba de la cintura no sentía frío. La anciana Etelvina tenía ahora las manos tan torpes como sus ojos y oídos y a él le pareció que lloraba en silencio, sin saber por qué y también le pareció que ni siquiera lo veía. Sus padrinos de ahora, mientras tanto, esperaban en la sala, como antes Marcelo y el otro habían esperado en la cocina. Nunca antes ni después nadie había esperado por él, por eso lo recordaba.

Cuando estuvo vestido bajó a la sala. Ninguno había logrado tomar un trago caliente. El día comenzaba a aclarar y los tres, sin hablar, se encaminaron al lugar del encuentro. Los innumerables perros de la hacienda los vieron partir sin ladrar, fríos y medianamente distantes, sin comprometerse en un adiós.

El automóvil negro u oscuro lustroso y bruñido era conducido por uno de los padrinos y el otro iba a su lado; él, solo en el asiento de atrás, observaba a trechos el camino y a ratos el cielo de otoño, de un gris plomizo apenas veteado, en el horizonte, que daba al poniente por unos brochazos de rojo muy pálido o amarillento. Tenía en esos momentos la sensación de no saber dónde estaba, a dónde iba ni por qué, ni quién era y sentía, también, un vago malestar, una especie de pudor por esas preguntas, por estas evocaciones ante testigos o terceros extraños.

Ensimismado en tales pensamientos ni se dio cuenta cuando estalló un neumático y el automóvil quedó cruzado en el camino, que era tan sólo un callejón de hondas huellas. No se movió de su asiento. Sus dos padrinos descendieron y, en mangas de camisa, cumplieron con la tarea de levantar el automóvil y cambiar la rueda averiada; después, limpiándose las manos con prolijidad, con un trapo que pasó del uno al otro, abordaron el coche, pero antes uno de ellos, sacando una licorera con estuche de plata del bolsillo dio un trago, después de ofrecérsela a él y al otro. Él la rechazó con un vago ademán. Después, ambos se calaron otra vez los guantes y continuaron la marcha.

Ahora sólo un temblor, un instante, un disparo, lo separaba de ella, cualesquiera fuese el derrotero o la suerte del disparo.

Ya a corta distancia podía verse el bosque, las copas de los olmos y algarrobos que, mezclados al azar, copiosos, se amontonaban en una sola mancha oscura.

¿Qué día era el de hoy, de cuál mes y de qué año? Nunca antes se lo había preguntado, ni había sentido quizá tan intensamente esta vigilia. Sólo con la idea o con la presunción de la muerte despertamos o abandonamos este sueño que es la vida. Su otro padrino, el entenado Marcelo, había muerto coceado por un caballo muy poco tiempo después de aquella otra mañana, sin honras fúnebres ni mayores aspavientos. El tampoco lo había llorado; se fue, creció y regresó, como una parábola.

El automóvil se detuvo en el claro del bosque y descendieron a cincuenta metros de los otros. Ya el día era claro. Sus dos padrinos lo dejaron solo para ir al encuentro de los otros dos, que a su vez, caminaron hacia ellos, conversaron brevemente como cuatro sombras, como si todo hubiese estado reiteradamente ensayado. El entonces lo vio, estaban cerca, pero eran como dos personas distintas de sí mismas. El Capitán, rechoncho, pálido y en camisa, ahora con un gesto extraño en sus labios ateridos, y sus ojos, habitualmente encendidos por la inocente malicia de sus bromas, ahora estaban sin brillo. Y él pensó que el Capitán era de verdad un valiente, porque arriesgaba perder (él lo leía a través de la máscara de su fría impavidez) y por el contrario, él mismo no lo era porque nunca había sentido el escozor de la vida. Entonces sintió que el Capitán era también una forma, un pedazo de ella, que estaba allí y que su palidez, su grave gesto, su irrisoria valentía eran como ella, o parte de ella y que así era ella quién estaba también en ese lugar frío y gris entre los árboles, en el claro del bosque.

Los padrinos presentaron las armas y se alinearon de dos en dos en el costado y apenas fuera del campo de tiro. Un susurro desacordado, como el silbo de un buho cruzó el follaje. Y él recordó en ese instante la tensión, la impaciencia de la presa enfrente y a merced del gatillo y del disparo presentido. Pero no era aquello, que no había podido borrar de su memoria, igual a esto que ahora estaba sintiendo, sino quizá lo contrario. Aquél que iba a dispararle y a quien apuntaba estaba en ella empapado y así nada temía. Porque sólo el amor logra que el temor se retire; porque nada de quien amamos nos atemoriza.

A una señal ambos levantaron sus armas y apuntaron. Y entonces él sintió como si acabara de nacer. O como si nunca hubiera vivido.

Héctor Tizón